


JAVIER
PÉREZ CAMPOS

LOS INTRUSOS

Nos acechan. Nos inquietan.

Nos desafían.

 Planeta

JAVIER PÉREZ CAMPOS

LOS INTRUSOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Pérez Campos, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © archivo del autor, © Nina Leen / Getty, © Clara Tahoces, © Diego Carrillo, © BNE, © Antonio Casado, © Art Collection 4 / Alamy, © archivo municipal del Ayuntamiento de Millares (en colaboración con el Ayuntamiento), © Daniel García Arrabal, © pzAxe / Shutterstock, © Peter Dedeurwaerder / Shutterstock, © Vink Fan / Shutterstock

Diseño del interior y mapas: Diego Carrillo

Primera edición: febrero de 2021
Depósito legal: B. 877-2021
ISBN: 978-84-08-23781-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Egedsa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

Prólogo. *Un hogar*, por Clara Tahoces, 13

Introducción. *1958*, 17

PRIMERA PARTE

Una casa corriente **27**

- Capítulo 1. Una habitación secreta, 35
- Capítulo 2. Casas infectadas, 61
- Capítulo 3. La casa maldita de Malasaña, 77
- Capítulo 4. Un pozo bajo el salón, 95
- Capítulo 5. Operación Bélmez, 113
- Capítulo 6. La luz de san Antonio, 157

SEGUNDA PARTE

En viejos castillos y palacios **167**

- Capítulo 7. El castillo de Niebla, 171
- Capítulo 8. El refugio del infante, 189
- Capítulo 9. Un palacio de la Inquisición, 207
- Capítulo 10. La torre de la Calahorra, 219

TERCERA PARTE

Noches de hotel

233

- Capítulo 11. *El sexto sentido*, 241
- Capítulo 12. El balneario de La Hermida, 253
- Capítulo 13. Puerta del Monte, 277
- Capítulo 14. El Parador de Mérida, 287
- Capítulo 15. Un albergue sobre el cementerio, 307

CUARTA PARTE

**Edificios públicos
y militares**

331

- Capítulo 16. La iglesia de los huesos, 337
- Capítulo 17. El hospital de sangre, 353
- Capítulo 18. Muerte en el refugio, 365
- Capítulo 19. El principio, 395

Epílogo. *Perdurar*, 411

Contacto, 413

PRIMERA PARTE

Una casa corriente



EXISTE UN ROSTRO COMÚN ENTRE LOS TESTIGOS de apariciones que suceden en domicilios particulares. Tras más de quince años investigando e incluso pernoctando en este tipo de lugares, soy capaz de detectarlo. E incluso de saber cuándo va a producirse esa mirada.

Quienes documentamos estos fenómenos solemos generar expectación en las familias que conviven con algo que son incapaces de explicar. Nos llaman y, para empezar, se sorprenden de que alguien esté dispuesto a escucharlos con respeto, sin risitas ni respuestas facilonas.

Nos reciben con generosidad en sus casas, nos abren sus puertas y a veces nos revelan detalles pertenecientes al ámbito más privado de sus vidas.

En mi caso siempre llego, para qué negarlo, con cierta esperanza: la de rozar lo imposible, la de presenciar algo digno de reseña. Pero la verdad es que no ocurre casi nunca y aceptarlo es el primer paso hacia la honestidad. La honestidad con el testigo, con el espectador y, lo más importante: con uno mismo.

Tengo la suerte de trabajar en *Cuarto Milenio* desde 2010, y eso me ha permitido entrar donde no entra nadie, conocer a personas interesantísimas y disponer de una serie de medios para la investigación poco habituales en este país. Pero, sobre todo, soy afortunado porque cuento con el respeto de un equipo que jamás me ha exigido nada. No necesito volver de un reportaje habiendo grabado una psicofonía, una luz extraña o siendo testigo de la aparición de una sombra. No. Nuestra única meta es la curiosidad propia. Y eso exige no pasar ni tolerar la alteración de los resultados en favor de un mayor dato de audiencia. Eso jamás ha ocurrido. Para mayor comprensión por vuestra parte y honesti-

dad por la mía (esto será bidireccional), quiero compartir con vosotros todos los casos tal y como ocurrieron. Desde experiencias de auténtico miedo provocado por la mera sugestión hasta aquellas en que pude presenciar cosas que aún no puedo entender, como tanto anhelaba, y que me hicieron descubrir que quizá los fenómenos, cuando son inesperados —y la mayoría de las veces lo son—, no suelen ser bienvenidos.

Por otro lado, las casas encantadas pueden enseñarnos mucho de otras disciplinas: la sociología, las costumbres, la historia o la antropología. Estas y otras materias aparecen con mayor o menor protagonismo en los casos. Por eso, tras visitar estos edificios y entrevistar a familias enteras, he acudido a hemerotecas, librerías o tesis doctorales para completar los expedientes, y en ocasiones he encontrado datos que daban un nuevo sentido a todo lo descubierto. Estos *elementos dispares* otorgan entidad a un caso, y su desarrollo depende de la pericia e interés de quien investiga. En mi caso, tengo la facilidad de obsesionarme por todo. De querer llegar hasta el final de cada asunto. De querer obtener hasta el último detalle. Y aunque pueda parecer una virtud, a veces no lo es. El ansia de conocimiento puede nublar y llevarte al estado de *hibris* que los filósofos griegos conocían bien. Yo he pasado por algunos de esos periodos obsesivos que generan noches en vela, pesadillas y un miedo irracional.

Muchas veces, todo esto se acrecienta por la necesidad de ofrecer calma a quienes viven asustados por lo inexplicable.

Porque cuando termino la investigación y estoy a punto de marcharme, observo ese gesto común del que hablaba al principio. A veces es la mirada previa a una puerta que se cierra. Otras, un rostro en el retrovisor del coche. O una sonrisa que enmascara preocupación durante una despedida. Es el testigo, quedándose en su propio domicilio, vulnerable ante algo que puede ocurrir en cualquier momento y sin ninguna explicación. Puede que no sea hoy, ni mañana... Pero tarde o temprano volverá a suceder. La sombra a los pies de la cama. La risa de niño con la casa vacía. La mano que golpea la puerta del salón. La luz encendiéndose en la entrada como si alguien hubiera regresado a altas horas de la madrugada. Ante esto, nadie les dará una explicación. Es más, se reirán si pueden. Lo harán por atrevimiento, por ignorancia o para camuflar un miedo incontrolable. Lo harán, en definitiva, tarde o temprano. Y al miedo del testigo incorporarán así la amarga sensación de incompreensión que los llevará a terminar callando.

Esto es algo que en ocasiones complica la investigación y hace que esta se postergue durante años. A veces, incluso, termina por imposibilitarla.

Es algo que me ocurre ahora mismo mientras escribo estas líneas. La familia protagonista no quiere revelar su identidad. Pero quiero contaros su historia. Una historia que, de nuevo, comienza con la compra de una casa...

La familia de la que voy a hablaros adquirió esta vivienda hace unos años en una zona privilegiada de chalets frente a uno de los parques más amplios de Ciudad Real.

Se trata de una casa de dos plantas, con un amplio patio, que había que reformar por completo. El matrimonio estaba entusiasmado. Había sido una buena operación e iban a dejarla a su gusto. Durante días, idearon cómo sería la nueva estructura y pidieron presupuesto a distintas empresas.

Mientras tanto, decidieron aprovechar para ir limpiando el interior, porque los anteriores dueños habían dejado allí parte de sus enseres personales. Era extraño. Como si se hubieran marchado de un día para otro.

La tarde que comenzó todo estaban en el inmueble recién adquirido, llenando bolsas de basura, cuando los dos hijos de corta edad llegaron llorando del patio.

Tenían el rostro descompuesto. Estaban tan asustados que ni siquiera querían volver al patio a por la pelota con la que jugaban hasta unos segundos antes.

Los padres intentaron tranquilizarlos, pero fue en vano.

La situación se volvió tan complicada que se vieron obligados a dejar la limpieza para otro día y marcharse.

Mientras salían por la puerta, el pequeño hizo un comentario, apenas perceptible, señalando hacia una de las ventanas...

—La mujer calva —dijo sollozando aún.

Sin dar demasiada importancia a lo sucedido y atribuyéndolo al exceso de imaginación del pequeño, regresaron a la casa al cabo de unos días.

Los niños volvieron a quedarse en el patio con su pelota, pues los padres estaban perfectamente seguros de que no había pasado nada y no tenían miedo. Todo había sido una confusión propia de críos, no había duda.

De este modo, los adultos siguieron con sus quehaceres, rellenando bolsas para vaciar su casa de recuerdos ajenos. Recorrieron el salón, los baños y los dormitorios con paciencia, imaginando cómo serían cuando hicieran suya cada estancia.

En el exterior, los niños jugaban con el balón, que botaba de un lado a otro, cuando un movimiento los sobresaltó. Algo se movía en una ventana de la planta superior. Era, otra vez, esa ventana. Fijaron la vista. No era papá. Ni mamá. Allí había una mujer de tez pálida y desmejorada. Unas profundas ojeras se marcaban bajo los ojos como medias lunas. Saludaba sin sonreír. Parecía observar con curiosidad. Pero había algo aún más peculiar. La mujer no tenía cejas ni pelo. Era una mujer calva.

Los niños corrieron de nuevo hacia sus padres. El pequeño volvió a llorar, estaba aterrado. No conocía a aquella mujer y había algo antinatural en ella, una disonancia que captaban a la perfección. Sabían que no era como ellos. Era como si perteneciera a otro sitio.

Sobresaltados, los padres no podían creer que se estuviera repitiendo de nuevo aquella escena. Empezaba a ser preocupante. Al fin y al cabo, se trataba de la casa que acababan de comprar y en la que esperaban vivir tranquilos mucho tiempo.

—Confíad en mí, vamos a subir a la habitación donde habéis visto a la mujer. Veréis que no hay nadie —se aventuró el hombre.

Tras unos minutos de negativa y otros de aceptación, todos terminaron caminando escaleras arriba. La ventana que señalaban sus hijos pertenecía a la habitación de matrimonio, así que allí se dirigieron. Abrieron la puerta de par en par. Aún no habían empezado a limpiar esa estancia y en el ambiente reinaba olor a cerrado. Partículas de polvo en suspensión se veían a través de la luz tenue del atardecer que se filtraba por la ventana. Se asomaron al patio desde allí, desde el punto donde, poco antes, había estado observándolos la mujer. Pero no había nadie. Revisaron cada rincón. Miraron incluso bajo el somier de muelles.

Nada.

Nadie.

Solo había polvo y un extraño olor... Como a medicamentos.

La siguiente visita a la casa la hicieron sin los niños. Ellos no querían ir y a los adultos les preocupaba que terminaran cogiendo miedo al lugar donde iban a vivir.

Durante aquellos días, en las conversaciones privadas le restaban credibilidad a la visión; sin embargo, en su fuero interno ambos habían abierto una rendija a la remota posibilidad de lo inexplicable.

Sin planificación previa, se dirigieron a la habitación de matrimonio. Entraron guiados por una solemnidad involuntaria, como un teólogo ateo que accede a una iglesia gótica. La respiración era más densa en ese punto, aunque bien podía deberse a la sugestión. Al fin y al cabo, no podían ya obviar las palabras de sus hijos, que resonaban allí con especial densidad. La mujer calva... La mujer calva.

Decididos, pero aún guardando cierta cautela, abrieron el armario de madera, que chirrió y les devolvió un desagradable olor, como la boca de un enorme animal herido. Podía deberse a un par de mantas polvorientas allí almacenadas. Pero había también algo tenue, soterrado, que afloraba a duras penas. Un aroma que recordaba al de los hospitales. Como a desinfectante o a medicina.

En un estante había un par de cajas cerradas con cinta adhesiva.

Al intentar sacarlas, algo cayó desde el fondo del armario: una estructura metálica de gran tamaño que pudieron coger antes de que golpeará el suelo. Se miraron extrañados. Se trataba de un gotero de pie, como el que se usa en los hospitales para administrar medicación a los enfermos. Una herramienta poco común en un domicilio cualquiera.

Cada vez más extrañados, abrieron una de las cajas y se asomaron. Allí había varias cajas de medicamentos y alguna botella de suero.

De pronto parecía como si las ventanas hubieran bloqueado el ruido que hasta hace unos minutos se colaba desde el exterior. En la casa reinaba un silencio incómodo, y el paso de la tarde había dejado la estancia en penumbra. La pareja apenas se había percatado. Estaban inmersos en un descubrimiento que iba a dar un sentido aterrador a lo que sus hijos decían haber visto.

Porque al abrir la segunda caja encontraron más medicación. Al retirarla, tocaron algo apelmazado que llevaba allí demasiado tiempo.

Se trataba de una peluca.

Con el paso de los días la familia averiguó que allí mismo había vivido una mujer que luchó con fuerza hasta sus últimos días contra la enfermedad, hasta que el cáncer se la había llevado. Supieron así que la imaginación del pequeño parecía, pese a todo, haber dado con la clave para conformar una historia digna de novela. Pero era real, les había ocurrido a ellos. Y no sabían bien cómo explicarlo.

Finalmente pudieron reformar la casa y, con el paso de los años, los niños se convirtieron en adolescentes y olvidaron a la mujer calva. Los padres, hoy, lo relatan como una anécdota. No quieren darle más importancia.

Yo los entiendo. Viven allí.

Y cuando se trata del domicilio propio, es mejor no remover viejos fantasmas...